

Alí Babá y los cuarenta ladrones

Anónimo (Cuento de Las Mil y Una Noches)



En una antigua ciudad de Persia vivían dos hermanos: Kasim y Alí Babá. Su padre murió cuando ellos estaban saliendo de la primera juventud y dejó muy pocos bienes. Kasim, el mayor, entró en relaciones con una viuda rica y transcurridos algunos meses se casó con ella. Con el dinero de la viuda abrió una tienda y, puesto que era hábil y los tiempos de escasez le habían despertado el entendimiento, vio prosperar su comercio muy de prisa, tanto que al cabo de unos años pudo llamarse rico.

Alí Babá también se casó, pero tuvo menos suerte. Se puso al servicio de un leñador, por lo que se pasaba la mayor parte del día en el bosque, hacha en mano, cortando y cortando. Hecha una buena provisión, se iba de vuelta a la ciudad transportando sus haces de leña en los tres asnos que pertenecían a su amo.



Un día, mientras cargaba su leña sobre el lomo de los animales, divisó una enorme columna de polvo, producida por un grupo de hombres a caballo que venían hacia donde él se encontraba. Temeroso de un mal encuentro, Alí Babá escondió el hacha, trepó a un árbol muy frondoso y se ocultó lo mejor que pudo entre el follaje, dejando que pasaran sin verlo. Los hombres se detuvieron y se apearon muy cerca de él, justo frente a una roca enorme que estaba recostada contra un pequeño cerro cubierto de maleza. Todos eran robustos, vestían buenas ropas y estaban armados hasta los dientes. Alí Babá no dudó ya de que fueran ladrones; los contó y eran cuarenta.

El que parecía ser el jefe se acercó a la roca. Parándose frente a ella, exclamó, en voz tan alta que sus palabras llegaron claramente a los oídos de Alí Babá:

—¡Sésamo, ábrete!

Con estas palabras, la roca se abrió con gran estruendo. Por la abertura fueron pasando, uno tras otro, los treinta y nueve bandoleros, y, por último, el capitán. Apenas estuvieron dentro, se lo oyó gritar con igual fuerza:

—¡Sésamo, ciérrate!

Alí Babá no quiso moverse de su sitio, asombrado y curioso por lo que estaba pasando. No tuvo que esperar mucho tiempo. Aún no pasaba media hora cuando oyó un ruido subterráneo, para después ver cómo se abrían lentamente las peñas: a no dudarlo, alguien se disponía a salir. Los fue contando, para estar bien seguro: Uno... dos... diez... treinta y ocho... treinta y nueve... ¡cuarenta! El último en emerger fue el capitán, que una vez fuera volvió a gritar:

—¡Sésamo, ciérrate!

Todos volvieron a montar sobre sus caballos y se alejaron del lugar. Alí Babá salió de su escondite y se acercó a la roca y para probar si las palabras que dijera el jefe de los ladrones también darían resultado pronunciadas por él, dijo:

—¡Sésamo, ábrete!

De inmediato la roca giró y Alí Babá pudo entrar a la cueva. ¡Oh maravilla! No se encontraba en una gruta lóbrega y oscura, como pensó, sino en una sala bien iluminada. Ricas alfombras, soberbios tapices, bellos muebles, armas, joyas y toda clase de riquezas se acumulaban en el recinto. Unas puertas conducían a



otras estancias y galerías donde se alineaban cofres finos y recios sacos de cuero, rebosantes de monedas de oro y plata, de rubíes, zafiros y otras pedrerías, junto a enormes lingotes de los metales más preciados.

Alí Babá se quedó con la boca abierta. Como hombre piadoso que era, pensó que Alá premiaba de aquella manera su constancia y tesón en el trabajo. Sin perder tiempo salió en busca de sus asnos, los reunió a la entrada de la caverna y los cargó con todo lo que pudiesen llevar, eligiendo entre aquellas riquezas lo que más le convenía: el oro y la plata acuñados en relucientes dinares, tomanes, cequíes, piastras, escudos y libras. Tapó el precioso cargamento con ramas del bosque para que nadie en el camino se percatara y pronunció en alta voz:

—¡Sésamo, ciérrate! —Y la roca volvió a tapar la puerta de la cueva.

Alí Babá se encaminó hacia la ciudad y llegando a su casa, contó a su mujer lo que había pasado pidiéndole que guardase el secreto. La esposa, muy contenta por la suerte que había tenido su marido, le ayudó a cavar un hoyo en el patio de la casa para enterrar el oro. Era sin embargo, una mujer curiosa, como lo son todas las mujeres, y no se contentaba con admirar el maravilloso y reluciente montón. Quiso también contar las monedas, y cuando vio que eran demasiadas, decidió medirlas. Pero eran tan pobres que ni siquiera tenían una medida de granos. La mujer entonces se dirigió a la casa de su cuñada rica, en busca de un celemín.

La esposa de Kasim, deseosa de saber para qué su cuñada le pedía una medida, de noche y con tanto apresuramiento, puso un poco de sebo en el fondo del recipiente, para que quedara adherida cualquier cosa que allí se depositase.

De vuelta a casa, la mujer de Alí Babá comenzó a vaciar una tras otra, las medidas. Echaba el contenido en el hoyo que el leñador había abierto en el suelo de la cocina, y para contarlas, a cada medida que vaciaba, hacía, con un tizón, una raya en la pared. Devolvió la medida temprano al otro día, sin percatarse de que en el sebo del fondo iba pegado un dinar de oro. Apenas se hubo ido, su cuñada descubrió la moneda y cuando Kasim llegó esa noche a su casa, le contó lo que había pasado, diciéndole:

—Kasim, tú te crees rico, pero te engañas. Alí Babá lo es mucho más que tú. No cuenta el dinero como nosotros, ¡lo mide en recipientes!— Y le enseñó la moneda de oro.



Esto despertó la envidia de Kasim, quien fue a ver a su hermano a la mañana siguiente y le explicó lo que él y su mujer habían descubierto. Alí Babá no pudo ocultar ya nada y le confesó lo que le había pasado, además de enseñarle las palabras apropiadas para abrir y cerrar la roca. Los hermanos acordaron ir ambos a la caverna en ocho días más, con numerosas bestias de carga. Kasim, sin embargo resolvió para sus adentros no esperar a Alí Babá y salió, pues, él solo esa misma madrugada con diez burros cargados con grandes cofres. Tomó el camino que le había indicado su hermano y no tardó en encontrar la roca que tapaba la cueva. Acercando sus mulos a la parte en que debía estar la entrada, Kasim gritó:

—¡Sésamo, ábrete!

La roca dejó al descubierto la entrada de la cueva y una vez que Kasim entró, se volvió a cerrar. Deslumbrado, Kasim empezó a revolverlo todo, como si súbitamente hubiera enloquecido. Todo se lo quería llevar. Tantas riquezas acumuló para cargar sus mulos, que el sudor le corría por la frente.

En su ansiedad, perdió por completo la noción del tiempo, y cuando ya tenía llenos los cofres, y sólo le faltaba salir de la cueva, cargarlos en sus animales y emprender el regreso, se dio cuenta de que había olvidado por completo cuál era la palabra mágica que lograba abrir y cerrar el lugar. Con la fatiga y el atolondramiento, no lograba recordar cuál era el grano cuyo mágico nombre tenía la virtud de mover la roca. Angustiado, se puso a gritar frente a la puerta:

—¡Centeno, ábrete! ¡Mijo, ábrete! ¡Arroz, ábrete! ¡Trigo, ábrete! ¡Centeno, ábrete!
Repetía, se confundía, sudaba y desfallecía de angustia, sin que la memoria acudiese en su ayuda. Pero de nada le valió, la roca seguía quieta.

Cerca de la medianoche, volvieron los ladrones y vieron los burros de Kasim a la entrada de la cueva, cargados con los cofres. Inquietos por este hecho extraño, los ladrones, sable en mano, se pararon frente a la puerta, mientras el jefe pronunciaba las palabras. Kasim, que había sentido el ruido, pensó que su muerte estaba próxima y pensó salir corriendo apenas se abriera la puerta, pero lo hizo con tan mala suerte que derribó por tierra al jefe y allí nomás, los otros bandidos lo remataron. Luego cerraron la cueva, dejando adentro el cuerpo sin vida de Kasim.

Mientras tanto, la mujer de Kasim comenzó a inquietarse cuando vio que se hacía noche y su marido no llegaba; entonces fue a casa de Alí Babá y le habló de su



inquietud. Alí Babá conociendo la codicia de su hermano, comprendió al punto lo ocurrido y partió inmediatamente en su búsqueda. Al llegar al lugar, pronunció frente a la roca las palabras mágicas y cuando ésta se abrió, vio allí, junto a la puerta, el cuerpo sin vida de su hermano. Recogiéndolo, lo montó en uno de sus burros y lo tapó con leña. Ya que estaba allí, y puesto que tenía dos asnos de sobra, les echó encima todo el oro que pudo y tras dejar todo en orden y la cueva cerrada, se volvió a la ciudad dando un rodeo para no ser visto. Llegó a su casa a eso del anochecer.

Llegó a la casa de su cuñada y le dijo:

—Motivos tienes para afligirte. Pero el mal ya está hecho y no tiene remedio. Tendremos que hacer aparecer la muerte de Kasim como algo natural.

Tenía Kasim una esclava llamada Morgiana. Alí Babá la llamó en su presencia y luego de referirle lo que consideró oportuno, le dijo:

—Hoy necesito que me ayudes a ocultar a todos la desgracia que nos aqueja .

La muchacha, que era extremadamente aguda y discreta, fue hasta la casa del boticario y pidió una pócima de las que se usan sólo en las enfermedades más graves, mientras decía llorando al boticario:

—¡Ay, qué triste, mucho me temo que este remedio no haga efecto. ¡Qué buen amo voy a perder!.

Temprano, al otro día, repitió la maniobra, con lo cual se extendió por el barrio la noticia de que alguien estaba en trance de muerte. La misma Morgiana se encargó de propagar la noticia: Kasim, el hermano de Alí Babá, era quien se encontraba tan grave. El mal lo había atacado de pronto mientras visitaba a su hermano.

A mediodía ya se anunció que había muerto y mandaron buscar un ataúd, donde colocaron el cuerpo de Kasim y lo trasladaron al cementerio. De este modo nadie sospechó nada sobre la causa de la muerte de Kasim.

Pero los ladrones, al volver a la cueva y no encontrar el cadáver de Kasim, supusieron que éste tendría un cómplice, por lo que decidieron que uno de ellos fuera hasta el pueblo a investigar si alguien había muerto o desaparecido.

El ladrón encargado de encontrar a los que habían entrado en su cueva recorrió la ciudad y llegó hasta la casa del boticario. Hablando con él se enteró de que el hermano de Alí Babá había muerto y sospechando que podían ser ellos los que buscaba, pidió



al boticario que le enseñara la casa de Alí Babá. El boticario se la enseñó y cuando el ladrón quedó solo, hizo sobre la puerta de Alí Babá una cruz con tiza, para poder enseñársela a su jefe y a los demás bandidos.

Sin embargo, Morgiana que vio todo aquello desde su casa y temiendo que corriera peligro la vida de Alí Babá, pintó una cruz con tiza en todas las puertas de la calle.

Cuando al otro día vinieron los ladrones decididos a cobrarse venganza, no pudieron saber cuál era en verdad la casa de su enemigo, pues había cruces en todas las puertas. Un segundo ladrón fue a la ciudad un día más tarde. Poco más o menos, le sucedió lo mismo que al otro. Habló también con el boticario, quien lo condujo todavía con mayor seguridad, frente a la casa de Alí Babá. En su puerta hizo el bandido otra señal, en rojo esta vez, para reconocerla cuando llegase la hora de la venganza. Pero Morgiana estaba alerta y, al ver el signo, trazó otro igual en cada una de las puertas de la calle.

Nuevamente los ladrones no pudieron identificar la casa y entonces el jefe de los ladrones decidió ir en persona. Guiado también por el boticario, se detuvo ante la casa y, sin perder el tiempo en señales inútiles, la observó bien, mirándola por todos lados y se volvió al bosque para preparar el castigo. Ordenó que sus bandidos trajeran cuarenta tinajas y se metieran dentro. Cargándolas en mulos de dos en dos, se puso él delante de la recua, como si fuese un vendedor de aceite llevando sus existencias al mercado. Al caer la tarde pasó, como lo habían planeado, delante de la casa de Alí Babá. Al llegar, pidió hablar con el dueño de casa y una vez que se hubo presentado, le dijo:

—Señor, desde muy lejos traigo estas tinajas de aceite, para venderlo mañana en el mercado y a estas horas no sé dónde hospedarme. Os ruego que me hagáis el favor de dejarme hospedar en vuestra casa.

Alí Babá, hospitalario como buen musulmán y creyendo que el viajero era realmente un mercader de aceite, le dijo:

—¡Bienvenido sois! Podéis pasar la noche aquí.

Y llamó a Morgiana, quien estaba a sus órdenes desde la muerte de su hermano, para que dispusiese la cena y una cama para el huésped. Cuando Alí Babá se retiró, el jefe de los bandidos salió al patio donde habían quedado las tinajas y fue desde la primera a la última diciendo:



—Cuando yo tire piedrecitas desde el cuarto que me han dado, saldréis de la tinaja. Cuando todos se fueron a dormir, Morgiana que aún trajinaba en la cocina, se quedó de repente a oscuras, pues en el candil se había consumido todo el aceite. No había más aceite ni velas en la casa, por lo que a Morgiana se le ocurrió tomar la jarra del aceite y bajar a buscar un poco de las tinajas que había dejado allí el falso mercader.

Cuando se acercaba a una de ellas, sintió una voz que venía de su interior que preguntaba:

—¿Es ya la hora?

Entonces se dio cuenta de que algo malo pasaba y que su amo y la familia corrían peligro. Contestó a la voz:

—Todavía no, pero pronto será.

Así recorrió todas las tinajas, contestando lo mismo, y se dio cuenta de cuántos bandidos habían entrado a la casa escondidos en las tinajas. Eran treinta y nueve y la última tinaja era la única que contenía aceite. Morgiana tomó una enorme caldera y la llenó con el aceite de la última tinaja y la puso al fuego. Cuando el aceite comenzó a hervir, lo fue arrojando dentro de cada tinaja.

Una vez terminada esta operación, fue a la cocina, apagó la lámpara y se fue a dormir. Una hora más tarde, el jefe de los ladrones salió sigilosamente de su cuarto y arrojó una piedra a la tinaja más próxima. Naturalmente, no obtuvo respuesta. Repetido en vano el intento, y temeroso de algún percance, bajó al patio en busca de sus hombres. Bajó al patio y acercándose a la primera tinaja sintió el olor del aceite caliente. En el acto se dio cuenta de que su plan había sido descubierto y forzando una cerradura que daba al jardín, huyó lejos de allí.

Al día siguiente, Morgiana explicó al asombrado Alí Babá lo que había ocurrido.

— Te debo la vida —dijo Alí Babá— y para darte una prueba de mi agradecimiento, desde hoy te doy la libertad y diez mil zequíes.

El jefe de los ladrones, mientras tanto, había ideado otra manera de entrar a casa de Alí Babá. Tomando el nombre de Cojia Husan y disfrazado de comerciante de finísimas telas, se presentó nuevamente. Alí Babá ordenó a Morgiana que preparase una rica cena para el distinguido señor, pero la fiel esclava reconoció casi en el acto al jefe de los ladrones y observándolo atentamente, notó que llevaba un puñal escondido debajo de sus vestiduras.



—Ya comprendo —se dijo—, este malvado es el peor enemigo de mi buen amo; pretende asesinarlo, pero yo lo impediré.

Se fue a su cuarto y se vistió con un traje de bailarina, se ciñó a la cintura una cadena de plata que terminaba en un puñal también de plata. Ordenó a otro sirviente que tomara un pandero y que la siguiera, mientras ella terminaba su atuendo con una máscara para danzar. Después de bailar un rato frente a Alí Babá y el falso Cojia Husan, sacó el puñal de plata y usándolo como parte de la danza lo presentaba frente a los espectadores, en la forma en que las bailarinas profesionales lo hacen implorando la generosidad del público. Alí Babá echó una moneda de oro en el pandero y Cojia metió la mano en su bolsa para ofrecer también una, cuando Morgiana se arrojó sobre él y le clavó el puñal en el corazón.

Alí Babá dio un grito:

—¿Qué has hecho, desdichada? —, le dijo.

— He hecho esto para salvaros, señor, a vos y a tu familia —contestó Morgiana. Y abriendo el vestido de Cojia Husan, enseñó a su amo el puñal con que estaba armado.

—Miradlo bien, le dijo, es el falso mercader de aceite y el jefe de los ladrones. Lo reconocí enseguida.

Alí Babá abrazó a Morgiana y le dijo:

—Te di la libertad, ahora te casarás con mi hijo.

Pocos días después se celebraron las bodas de Morgiana con el hijo de Alí Babá. Este no volvió por la cueva de los ladrones por mucho tiempo. Al cabo de un año, invitó a su hijo y los dos montaron a caballo y se acercaron al peñasco. Alí Babá dijo: “¡Sésamo, ábrete!” y la roca giró. Entraron los dos y se dieron cuenta que nadie había regresado por allí desde que murieron los ladrones. Alí Babá y su hijo llenaron sus maletas de oro y las cargaron en sus caballos para regresar a la ciudad. Desde entonces vivieron con todo esplendor las familias de Alí Babá y su hijo, pero sin confesar a nadie más el secreto de la cueva. 🌸